

Jack Vance
**LOS LENGUAJES
DE PAO**



El edénico planeta de Pao ha sido invadido sin resistencia. Para obtener la libertad, sus habitantes deberán aprender un nuevo idioma que posibilite la comprensión y la asimilación de conceptos nuevos como la violencia y la resistencia. Pero, si cambian de lengua, ¿seguirán siendo paoneses?

Vance, reconocido maestro en la creación de nuevos mundos, aborda como precursor la exploración del complejo campo de la sociolingüística, consciente de la importancia del lenguaje en la formación del pensamiento humano.

En los últimos años parece haberse redescubierto en Europa la obra de Jack Vance, y el interés que los editores franceses muestran hacia sus escritos ha despertado también en España una mayor atención.

Vance es un autor prolífico que ha repartido su obra en abundantes novelas cortas y también en múltiples ciclos o series. Se le reconoce una gran capacidad para la concepción de nuevos paisajes, criaturas y sociedades, en cuya descripción hace gala de una gran inventiva, al tiempo que logra con engañosa facilidad que los mundos creados muestren una gran coherencia interna.

A medida que los universos imaginados por Vance han crecido en complejidad, también lo ha hecho su estilo, con una marcada tendencia al barroquismo y una prosa característica, muy elaborada, en la que usa muy acertadamente un vocabulario poco usual, al tiempo que mantiene un tono irónico y despegado como narrador.

Iniciado en los caminos del space opera y la fantasía heroica, Vance no ha desdeñado adentrarse por mundos desconocidos e innovadores, como ocurre con Los lenguajes de pao que hoy presentamos. Posiblemente la escasa consideración en que se le ha tenido hasta hace poco en España, proviene de un encasillamiento erróneo y de no haber recapacitado lo suficiente sobre la dificultad que entraña esta actividad de creador de mundos insólitos. Es evidente que, en el caso de Vance, la menguada fama que hasta ahora le ha acompañado no hace justicia a su calidad.

Los lenguajes de pao (1959) es una obra excepcional dentro de la producción de Vance. En un texto monumental

sobre la ciencia ficción: *Anatomy Of Wonder - An Historical Survey and Critical Guide to the Best of Science Fiction*, editada en 1981 por Neil Barran, se dice textualmente al hablar de Los lenguajes de pao. «Vance nunca podrá escribir una novela más importante que esta» y se la compara ventajosamente con obras como *Babel 17* de Delany y *Empotrados* de Watson.

La novela, escrita en 1958, trata, por primera vez en la ciencia ficción, un tema de sociolingüística al amparo de las teorías que establecen que el entorno, y principalmente el lenguaje, condicionan las capacidades y las percepciones de los seres humanos.

Pao es un planeta que será invadido sin que sus habitantes opongan ninguna resistencia, precisamente a causa de un lenguaje que les mantiene en la pasividad y el individualismo. Para lograr la liberación se hace necesario cambiar de mentalidad, y por lo tanto de lenguaje. Así se modifican las lenguas que se hablan en Pao, buscando una gramática simple y directa para los guerreros, otra adecuada al desarrollo industrial, y otra destinada a producir comerciantes y políticos.

Pero el Panarca de Pao puede legítimamente preguntarse hasta qué punto los nuevos lenguajes, distintos según el usuario, pueden modificar la característica central de Pao, y hasta qué punto sus nuevos súbditos pueden todavía ser considerados paoneses. Y todo ello sin dejar de preguntarse por los verdaderos intereses de Palafox, asesor del Panarca en esta liberación por la sociolingüística de un planeta asediado.

En resumen: aventura y reflexión a un tiempo es lo que ofrece esta novela famosa, que ha aguardado largos años su traducción al castellano.

MIQUEL BARCELÓ

I

En el corazón del Cúmulo de Polymark, en torno al sol amarillo Auriol, se halla el planeta Pao, que se distingue por las siguientes características:

Masa: 1,73 (en unidades estándar).

Diámetro: 1,39

Gravedad en la superficie: 1,04

El plano de rotación diurna de Pao es el mismo que su plano orbital; de ahí que no haya estaciones y que el clima sea uniformemente moderado. Ocho continentes se extienden a uno y otro lado del ecuador a intervalos aproximadamente iguales: Aimand, Shraimand, Vidamand, Minamand, Nonamand, Dronamand, Hivand e Impland, conforme a los ocho dígitos del método de numeración paonés. Aimand, el mayor de los continentes, tiene cuatro veces la extensión de Nonamand, el menor. Tan solo este último, en latitudes meridionales bajas, sufre un clima desagradable.

Jamás se ha efectuado un censo exacto de Pao, pero la mayor parte de la población (estimada en quince mil millones de personas) reside en pueblos rurales.

Los paoneses constituyen una raza homogénea, de estatura media, tez blanca, cabellos cuyo color va del castaño leonado al castaño oscuro y fisonomías y constituciones sin grandes diferencias.

La historia de Pao antes del reinado del Panarca Aiello Panasper carece de hechos notables. Los primeros colonizadores, dado el carácter acogedor del planeta, se multipli-

caron hasta alcanzar una densidad de población sin precedentes. Su forma de vida minimizó las fricciones sociales. No hubo guerras importantes, ninguna plaga, ningún desastre aparte del hambre cíclico, soportado con entereza. Los paoneses eran un pueblo sencillo, sin religión ni culto. Pedían a la vida escasas recompensas materiales, pero concedían una importancia recíprocamente considerable al cambio de casta o posición social. No conocían el deporte competitivo, aunque disfrutaban congregándose en grupos enormes de diez o veinte millones de personas para recitar relatos antiguos. El paonés típico cultivaba un pequeño terreno y aumentaba sus rentas mediante algún trabajo manual casero o algún comercio especial. Demostraba escaso interés por la política. Su soberano hereditario, el Panarca, ejercía una autoridad absoluta que llegaba, a través de una vasta administración civil, a la aldea más remota. El término paonés «carrera» era sinónimo de puesto de trabajo en la administración civil. Y en general, el gobierno era bastante eficiente.

El idioma de Pao derivaba del waydállico, aunque estructurado en formas peculiares. La frase paonesa, más que describir un acto, ofrecía la imagen de una situación. No existían verbos o adjetivos, ningún término comparativo formal como *bueno*, *mejor*, *óptimo*. El paonés típico se consideraba un corcho flotando en un océano de millones de olas, alzado, hundido y empujado por fuerzas incomprensibles... Suponiendo que considerara distinta su personalidad. Apoyaba a su soberano con reverente temor, le rendía obediencia incondicional y a cambio solo exigía continuidad dinástica, ya que en Pao nada debía variar, nada debía cambiar.

Pero el Panarca, por más tirano absoluto que fuera, también se veía obligado a someterse. Esa era la paradoja: al único individuo de Pao guiado por normas propias se le toleraban vicios impensables y abominables para el individuo normal. Pero él no podía mostrarse excéntrico o frívolo. De-

bía mantenerse alejado de la amistad, raras veces debía aparecer en lugares públicos. Y lo más importante, jamás debía reflejar indecisión o duda. Hacer tal cosa habría sido destruir el arquetipo.

II

Pergolai, isleta del Mar de Jhelianse situada entre Minamand y Dronamand, había sido adquirida como propiedad exclusiva y transformada en refugio idílico por el Panarca Aiello Panasper. Frente a un prado bordeado por bambúes paoneses y altas burseráceas se hallaba la mansión de Aiello, una etérea estructura de cristal blanco, piedra tallada y madera pulida. El diseño era sencillo: una torre residencial, un ala de servicio y un pabellón octogonal dotado de una cúpula de mármol rosa. Allí, en el pabellón, ante una mesa de marfil, se encontraba sentado Aiello para comer, ataviado con el Negro Total característico de su cargo. Era un hombre obeso, de osamenta pequeña, bien provisto de carnes. Su cabello plateado despedía un brillo tan primoroso como el de un bebé. Tenía la tez clara de un infante y unos ojazos que no parpadeaban. Los labios le colgaban, las cejas se arqueaban mucho e impartían una sensación perpetua de interrogación irónica y escéptica.

A la derecha se hallaba sentado su hermano Bustamonte, que ostentaba el título de coadjutor: un hombre de menor estatura, greñas morenas y lacias, ojos negros y bultos musculares en las mejillas. La actividad de Bustamonte superaba las normas paonesas. Había recorrido dos o tres planetas cercanos y regresado con diversos fervores que le habían ganado el disgusto y la desconfianza de la población de Pao.

Al otro lado de Aiello estaba el hijo de este, Beran Panasper, el Medallón. Era un niño delgado, indeciso y apoca-

do, dotado de frágiles facciones y largo cabello negro, parecido a Aiello solo por su tez clara y sus ojazos.

Al otro lado de la mesa estaba sentada una decena de hombres: funcionarios del gobierno, peticionarios, tres representantes comerciales de Mercantil y un individuo de rostro aquilino vestido de castaño y gris, que no hablaba con nadie.

Aiello estaba atendido por doncellas especiales que lucían largos vestidos a rayas negras y doradas. Todos los platos que le servían eran probados antes por Bustamonte, costumbre residual de las épocas en las que el asesinato era la norma más que la excepción. También era posible hallar otra manifestación de este antiguo recelo en los tres mamarones situados de pie, vigilantes, detrás de Aiello. Se trataba de enormes criaturas con tatuajes de apagado tono negro: neutraloides. Vestían espléndidos turbantes de color cereza y oro, pantalones ceñidos de idénticos tonos, emblemas pectorales de seda blanca y plata y portaban escudos de refrax, que debían colocar ante el Panarca en caso de peligro.

Aiello, de mal talante, comió a bocaditos y por fin indicó que estaba preparado para atender los asuntos del día.

Vilnis Therobon, ataviado con la vestidura ocre y púrpura típica del Servicio de Bienestar Público, se puso en pie y se acercó al Panarca. Explicó su problema: los cultivadores de cereales de las sabanas del Impland Meridional se encontraban hostigados por la sequía. Él, Therobon, deseaba llevarles agua de la cuenca de Impland Central, pero no había podido llegar a un acuerdo satisfactorio con el Ministro de Irrigación. Aiello prestó atención, formuló alguna pregunta y acto seguido, con una frase muy breve, autorizó la construcción de una planta purificadora de agua en el istmo de Koroi-Sherifte, con una red de conducción de quince mil kilómetros a fin de transportar el agua a los lugares precisos.

El Ministro de Sanidad Pública intervino a continuación. La población de la llanura central de Dronamand había crecido más que las viviendas disponibles. La construcción de nuevas moradas supondría invadir terrenos programados para producción de alimentos y precipitaría el hambre ya amenazadora. Aiello, que estaba mordisqueando una media luna de melón en salmuera, aconsejó el transporte semanal de un millón de personas a Nonamand, el desolado continente meridional. Además, todos los infantes de padres que ya tuvieran más de dos hijos serían sumergidos. Tales eran los métodos clásicos de control de población. Los afectados los aceptarían sin resentimiento.

El pequeño Beran observaba, fascinado, asustado y admirado por la inmensidad del poder de su padre. Raramente le permitían presenciar actos de gobierno, ya que al Panarca le disgustaban los niños y mostraba una preocupación mínima por la educación de su hijo. Desde hacía poco tiempo el Coadjutor, Bustamonte, se había interesado por Beran y le hablaba durante interminables horas, hasta que la cabeza del jovencito se cargaba y sus ojos se cerraban. Los dos participaban en juegos extraños, que asombraban a Beran y le dejaban sumido en un nerviosismo peculiar. Y últimamente había tenido espacios en blanco en su mente, fallos de memoria.

Sentado a la mesa de marfil del pabellón, Beran llevaba en la mano un pequeño objeto desconocido. No recordaba dónde lo había encontrado, pero al parecer se trataba de algo que debía recordar. Miró a su padre y de pronto experimentó un pánico atroz. Bustamonte estaba mirándole, con el ceño fruncido. Beran se sintió incómodo y se irguió en la silla. Debía observar y prestar atención, como le había ordenado Bustamonte. Examinó a hurtadillas el objeto que sostenía en la mano. Era familiar y extraño al mismo tiempo. Como si recordara un sueño, Beran sabía que aquel objeto tenía utilidad... y de nuevo se produjo la oleada de pánico.

Comió un bocadito de cola de pescado asado, pero, como siempre, le faltaba apetito. Notó el roce de unos ojos. Alguien estaba contemplándole. Al volver la cabeza topó con la mirada de un desconocido, vestido de castaño y gris. El individuo tenía una cara impresionante, alargada y delgada, frente amplia, un vestigio de bigote, la nariz igual que la proa de un barco. Su cabello era de color negro lustroso, espeso y corto como el pelaje de un animal. Sus ojos estaban muy hundidos. Su mirada, tétrica y magnética, despertó todo el desasosiego de Beran. El objeto que sostenía empezó a parecerle pesado y ardiente. Hubiera querido arrojarlo debajo de la mesa, pero no podía hacer eso.

El último en ser escuchado fue Sigil Paniche, representante comercial de Mercantil, el planeta de un sol cercano. Paniche era un hombre enjuto, rápido e inteligente, de piel cobriza y cabello lustroso recogido en moños, asegurados con broches de turquesa. Era un Mercantil típico, vendedor y comerciante, tan urbano de por sí como campesinos y marineros eran los paoneses. Su planeta vendía a todo el cúmulo. Las barcasas espaciales mercantiles deambulaban por todas partes a fin de entregar maquinaria, vehículos terrestres y aéreos, material para comunicaciones, generadores de energía, herramientas, armas... y regresaban a Mercantil con productos alimenticios, fastuosos artículos de artesanía y cualquier materia prima cuya importación fuera más barata que su sintetización.

Bustamonte susurró algo a Aiello, que sacudió la cabeza. Bustamonte susurró de forma más ansiosa. Aiello le respondió con una mirada de reojo, lenta y cáustica. Bustamonte volvió a sentarse con expresión de malhumor.

A una señal de Aiello, el capitán de la guardia mamaroná dirigió la palabra a los reunidos, en voz suave que sonaba a metal arañado.

—Por orden del Panarca, todos los que han resuelto sus problemas se irán.

Al otro lado de la mesa solo quedaron Sigil Paniche, sus dos asistentes y el desconocido vestido de castaño y gris.

El mercantil se acercó a una silla enfrente de Aiello. Hizo una inclinación de cabeza, tomó asiento y sus asistentes se situaron de pie detrás de él.

El Panarca Aiello pronunció una salutación informal. El mercantil respondió en paonés chapurreado.

Aiello jugueteó con una bandeja de fruta conservada en licor mientras escrutaba al mercantil.

—Pao y Mercantil han comerciado durante muchos siglos, Sigil Paniche.

El mercantil inclinó la cabeza.

—Satisfacemos al pie de la letra los pedidos... Este es nuestro lema.

Aiello se rio brevemente.

—El comercio con Pao les ha enriquecido.

—Comerciamos con veintiocho mundos, Supremacía.

Aiello se recostó en la silla.

—Hay dos asuntos que deseo discutir con usted. Acaba de escuchar que necesitamos agua en Impland. Precisamos una instalación para la desmineralización de una cantidad suficiente de agua del océano. Puede mencionar este problema a sus ingenieros.

—Estoy a vuestras órdenes, señor^[1].

Aiello habló en tono equilibrado, sin emoción, casi con indiferencia.

—Les hicimos un pedido de grandes cantidades de material militar, y ustedes lo han satisfecho.

Sigil Paniche inclinó la cabeza para expresar su acuerdo. Sin que hubiera ningún indicio externo de cambio, el mercantil parecía repentinamente nervioso.

—Hemos cumplido los detalles exactos del pedido.

—No puedo estar de acuerdo con usted —respondió Aiello.

Sigil Paniche se quedó rígido. Sus palabras fueron más formales que antes todavía.

—Aseguro a Su Supremacía que yo mismo he comprobado la entrega. El material es exactamente igual que el descrito en el pedido y en la factura.

Aiello contestó en el tono más frío de que era capaz.

—Han entregado sesenta y cuatro^[2] monitores de barra, quinientas doce patrulleras, gran número de resonadores múltiples, energéticos, avispas y armas de mano. Todo esto concuerda con el pedido original.

—Exacto, señor.

—Sin embargo, ustedes conocían el objeto de este pedido.

Sigil Paniche inclinó su brillante cabeza cobriza.

—Os referís a la situación en el planeta Murcielagal.— Eso mismo. La dinastía Dolberg ha sido eliminada. Otra dinastía, los Brumbo, ha asumido el poder. Los nuevos gobernantes murgales suelen emprender aventuras militares.

—Así es la tradición —convino el mercantil.

—Ustedes han suministrado armamento a esos aventureros.

Sigil Paniche manifestó su acuerdo una vez más.

—Vendemos a cualquiera que desee comprar. Así lo hemos hecho durante muchos años... No debéis hacernos reproches por ello. Aiello enarcó las cejas.

—No les reprocho eso. Les reprocho por vendernos modelos estándar al mismo tiempo que ofrecen al clan Brumbo un material que ustedes les garantizan nos dejará indefensos. Sigil Paniche parpadeó.

—¿Cuál es la fuente de vuestra información?— ¿Debo renunciar a todos mis secretos?

—¡No, no!— exclamó Paniche—. Pero vuestras alegaciones parecen erróneas. Nuestra política se basa en neutralidad absoluta.

—A menos que puedan obtener provecho de la perfidia.

Sigil Paniche se puso muy erguido. —Supremacía, soy representante oficial de Mercantil en Pao. Las declaraciones

que me hacéis, por lo tanto, deben considerarse insultos formales. Aiello reflejó ligera sorpresa.— ¿Insultar a un mercantil? ¡Descabellado! La piel de Sigil Paniche despidió un brillo bermellón.

Bustamonte musitó algo al oído de Aiello. Este se contrajo de hombros y volvió la cabeza hacia el mercantil. Su voz fue fría, sus palabras cuidadosamente medidas.

—Por las razones que he expuesto, declaro que Mercantil no ha satisfecho el contrato. La mercancía no cumplirá su función. No pagaremos.

—¡Los artículos entregados cumplen los requisitos contractuales! —afirmó Sigil Paniche. En su opinión no era preciso añadir más.

—Pero son inservibles dadas nuestras necesidades, hecho conocido por Mercantil.

Los ojos de Paniche chispearon.

—Sin duda, Su Supremacía ha considerado los efectos a largo plazo de una decisión como esa.

Bustamonte no pudo menos que replicar:

—Será preferible que los mercantiles consideren los efectos a largo plazo de la perfidia.

Aiello hizo un ligero gesto de irritación y Bustamonte volvió a sentarse.

Sigil Paniche miró por encima del hombro a sus dos subordinados. Intercambiaron susurros enfáticos. Acto seguido, Paniche formuló una pregunta.

—¿Puedo inquirir a qué «efectos a largo plazo» alude el Coadjutor?

Aiello asintió.

—Dirija su atención al caballero que tiene a la izquierda.

Todos los ojos giraron hacia el desconocido vestido de castaño y gris.

—¿Quién es este hombre? —preguntó bruscamente Sigil Paniche—. No reconozco su ropa.

Aiello recibió una taza de almíbar verde de manos de una de las doncellas con atavíos negros y dorados. Busta-

monte probó una cucharada cumpliendo con su obligación. El Panarca se acercó la taza a los labios, sorbió el almíbar.

—Le presento a Lord Palafox. Está aquí para ofrecernos consejo. —Sorbió más almíbar, dejó a un lado la taza. La doncella se apresuró a recogerla.

Sigil Paniche contempló al desconocido con fría hostilidad. Sus asistentes intercambiaron murmullos. Bustamonte se hallaba repantigado en la silla.

—Al fin y al cabo —dijo Aiello—, si no podemos confiar nuestra protección a Mercantil, debemos buscar ayuda en otra parte.

Sigil Paniche se volvió de nuevo para musitar algo a sus consejeros. Se produjo una discusión apagada. Paniche chasqueó los dedos enérgicamente, los consejeros asintieron y guardaron silencio. Paniche volvió a mirar a Aiello.

—Como es natural, Su Supremacía actuará como crea mejor. Yo debo señalar que los productos de Mercantil no tienen igual en lugar alguno.

Aiello lanzó una mirada al hombre vestido de castaño y gris.

—No estoy dispuesto a discutir este punto. Tal vez Lord Palafox tenga algo que decir.

Pero Palafox movió negativamente la cabeza.

Paniche hizo una señal a uno de sus subordinados, que se adelantó de mala gana.

—Permitidme mostrar uno de nuestros últimos inventos.

El consejero le tendió una caja, de la que Paniche extrajo dos pequeñas semiesferas transparentes.

Los guardaespaldas neutraloides, al ver la caja, se habían puesto de pronto delante de Aiello con los escudos de refrax. Sigil Paniche esbozó una sonrisa forzada.

—No hay motivo de alarma... Esto no es peligroso.

Enseñó las semiesferas a Aiello y luego se las puso en los ojos.

—¡Nuestras nuevas optidinas! ¡Funcionan como microscopio o como telescopio! La impresionante gama de valo-